

Cuaderno de versos  
Antología 1985-2010

Rafael López de Ceráin

  
INCIPIT  
EDITORES

© Rafael López de Ceráin, 2010

Incipit Editores. Tel.: 91 532 73 31. Fax: 91 532 43 34

Cuaderno de versos. Antología 1985-2010

ISBN: 978-84-8198-836-9

Depósito legal: M-42.313-2010

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

“Pero no olvides que Ítaca eres tú”:  
los veinticinco años de creación poética  
de Rafael López de Ceráin (1985-2010)

Celebra Rafael López de Ceráin<sup>1</sup> sus Bodas de Plata con la poesía (1985-2010), y lo hace con una nueva recopilación antológica de su creación, que recoge bajo el modesto epígrafe de *Cuaderno de versos. Antología 1985-2010*. Se trata de una nueva entrega selecta de su obra poética, formada hasta la fecha por nueve poemarios publicados. En esta larga travesía lírica que suma ya veinticinco años, López de Ceráin ha sabido forjar una voz poética personal y, a la hora de redactar estas palabras preliminares, muy bien podría suscribir todo lo dicho sobre ella por el también poeta Carlos Baos Galán en su prólogo a una recopilación anterior, *Seguro es el pasado. Antología 1985-2005*. Copio de esa presentación algunas ideas que me parecen esenciales:

Conciencia de escribir. Conciencia de comunicar el fluir de ese río de sus contemplaciones. Ése es el oficio ilusionado que,

---

<sup>1</sup> Rafael López de Ceráin Salsamendi (Pamplona, 1964) es licenciado en Derecho por la Universidad de Navarra. Cursó además estudios de Ciencias Políticas en la UNED, y su formación continuó en Madrid (Móster MBA), ciudad donde desempeñó sus primeros trabajos. De vuelta en su ciudad natal, ejerció algún tiempo como abogado. Más tarde fue concejal y teniente de alcalde en el Ayuntamiento de Pamplona. Su obra poética se halla también recogida en el volumen *Seguro es el pasado. Antología 1985-2000* (2007), y ha sido incluida en otras antologías como *Cierzo soriano. Poetas para el siglo XXI* (2003). Ha colaborado en revistas poéticas, como por ejemplo *Río Arga* (véase Ángel-Raimundo Fernández, “Río Arga” y *sus poetas*, Pamplona, Gobierno de Navarra-Departamento de Educación y Cultura, 2002, p. 440). En prosa es, además, autor de ensayos, recopilaciones de artículos, libros de ideas políticas o de tono autobiográfico como *Las rutas de Antonio Machado* (2002), *El perplejo encadenado* (2003), *Páginas de un tiempo* (2004), *Cavilaciones* (2006), *101 adagios* (2006), *Memoria sobre Navarra y su gobierno* (2007) y *Recuerdos* (2009), entre otros títulos.

desde hace tiempo, Rafael López de Ceráin viene ejerciendo para ir construyendo un mundo literario —verso y prosa— personal y auténtico, de esforzado vuelo intelectual, de honda capacidad de observación y de emocionado testimonio; todo ello formando un microcosmos en el que su espíritu camina a través de una lírica transparencia. Un vivir íntimo, plenamente construido de celebración y elegía, de clara delicadeza, de un sentimiento muchas veces religioso y de una penetrante actitud existencial. Desde esta última, sobre todo, se afronta la búsqueda de las raíces espirituales en la materia elemental, apelando constantemente a la sensibilidad más diligentemente deseada.

Tal es, en efecto, la poesía de López de Ceráin: una poesía sencilla y directa, inteligible y clara, desnuda de *artificiosidad retórica* —en el mal sentido de la palabra—, una poesía que, con el suave fluir de los versos sueltos (el poeta se ha referido en alguna ocasión a “mi siempre adorado ritmo interior”), sin el corsé de las formas estróficas tradicionales ni las ataduras de las rimas consonantes —salvo escasas excepciones—, es el vehículo que le sirve para entrar en diálogo con sus experiencias biográficas y sus preocupaciones existenciales. Y es que muchos de sus poemas constituyen hondas reflexiones acerca de *su* vida y de *la* vida humana en general, con un tema que parece destacarse nítidamente sobre todos los demás: la serena constatación del paso del tiempo que conduce inexorablemente hacia la muerte, esto es, la plena conciencia de la finitud del ser humano. Pero, al mismo tiempo, hallaremos también la evocación de la infancia, verdadero paraíso perdido al que se vuelve en el recuerdo; las remembranzas de los amores y desamores, los encuentros y desencuentros con las mujeres amadas; las evocaciones familiares; los homenajes literarios a los escritores admirados, cuyos versos han dejado en los del poeta pamplonés una profunda huella intertextual. Sin ánimo

alguno de ser exhaustivo, los poetas que configuran esa intertextualidad, en forma de lemas, de poemas a ellos dedicados o de citas textuales intercaladas en medio de sus versos, serían: San Juan de la Cruz, Lope de Vega, Quevedo, Antonio Machado, José Bergamín, Luis Cernuda, Agustín de Foxá, Pablo Neruda, Blas de Otero, Antonio Murciano, Antonio Prieto, Jaime Gil de Biedma, René Char, Eugenio Montale, etc.

Y si nos preguntamos cuáles son las teorías poéticas de López de Ceráin, la mejor respuesta para resumir su poética consiste en decir que hace suyos los versos de su admirado Antonio Machado: “Ni mármol duro y eterno, / ni música, ni pintura, / sino palabra en el tiempo”. Y, sin duda alguna, palabra esencial en el tiempo es también la poesía de Rafael López de Ceráin. Pues bien, en las páginas que siguen pretendo recorrer uno por uno los nueve poemarios que conforman su producción poética publicada hasta la fecha, ofreciendo algunas leves pinceladas de las principales preocupaciones temáticas y de los rasgos estilísticos presentes en el conjunto de poemas aquí seleccionados.

## 1. Trabajos de amor dispersos (1996)

El primer poemario de López de Ceráin —cuyo título parece remitir a Shakespeare y a su temprana comedia *Love's Labours Lost* (*Trabajos de amor perdidos*)— incluía ya un buen puñado de poemas maduros, de los cuales se recogen dieciséis en esta antología. Ese libro que constituía su salto a la arena literaria se publicó por primera vez en 1996, con prólogo de Manuel Alcántara. Aquí vamos a encontrar ya la presencia de algunos temas que luego serán constantes en el resto de la obra de nuestro autor, en especial la sentida conciencia del tiempo, de la vida que pasa, con la amenazadora presencia de la muerte al fondo...

El poema "La lluvia", el primero de esta antología, constituye un magnífico pórtico para todo el volumen. Se abre con el bello endecasílabo "Tener que ser el mismo cada día", idea que se recupera en el final, lo que dota al poema de una estructura circular: "Sentir que el mismo, cada día, / hacia la vida o hacia la nada, / escribe estos mismos versos". Se entrelazan, entonces, en esta composición las ideas de la vida, del tiempo que pasa y de la escritura poética: "esta vida que —polvo y sombra— llueve / horas veloces, fugitivas palabras"; el yo lírico sabe que en el Paraíso no será Borges, "y que aquí soy —más bien— fracaso y tiempo, / esencia de versos incurables y lluvia". Cabe añadir que esta misma idea la encontraremos repetida en un poema posterior, el conciso "El mismo".

El poema titulado "Recordatorio" merece la pena transcribirlo entero, porque capta de forma esencial este tema del paso del tiempo, tan presente en la lírica de López de Ceráin:

Esos olvidos que no son tales son,  
mientras el tiempo pasa,  
los que roen tus días,  
tus entrañas, felicidad perdida,  
la soledad del reino de la infancia.  
De recuerdos y olvidos estás hecho.  
Mas no mires atrás.

"Inventario" constituye un recuento de todas aquellas cosas valiosas de la vida (ilusiones, viajes, sensaciones, paseos, "tantos libros que cuido como a hijos / porque también añaden su razón a la mía"...), en suma, todo aquello que hace al poeta ser lo que es. "Con eso me conformo", afirma, para añadir a continuación:

Todo ello soy, es mi tesoro,  
las vueltas y revueltas de la vida

y ser el mismo niño  
que, junto a la ventana, espera a su padre  
una tarde lluviosa de invierno.

Si aquí apunta ya el recuerdo del padre (que se reiterará en composiciones de distintos poemarios), “Mis mayores” es una emotiva evocación de los antepasados familiares, a través de varias generaciones, hasta llegar a sus padres, que son “Mi ayer, mi hoy, lo que no pasa”. La fuerte presencia de Antonio Machado, sin duda una de las más notables influencias en la obra de López de Ceráin, se aprecia ya en un detalle intertextual de este poema; en efecto, cuando escribe “Qué bien tu nombre suena, / Caserón de San Bernardo, / altos del Llano Amarillo...”, inmediatamente se nos viene a la mente el recuerdo de unos célebres versos machadianos:

¡Madrid, Madrid, qué bien tu nombre suena,  
rompeolas de todas las Españas...  
La tierra se desgarrá, el cielo truena,  
tú sonrías con plomo en las entrañas!

Ciertamente, el tono y la intención son muy diferentes en cada poema, pero no cabe duda de que ese “Qué bien tu nombre suena” es una deuda textual y, sobre todo, un homenaje literario al poeta sevillano de nacimiento, pero enraizado —como también López de Ceráin— en tierras sorianas. Del mismo modo, en “Xauén” se hace asimismo presente Machado, si bien no de forma directa. Al hilo del recuerdo de una visita a esa ciudad, se evoca la sangre española derramada “en el sueño africano y altanero / de una España caduca e innombrable”. No estamos en este caso ante una cita textual, pero sí se percibe aquí como telón de fondo un tono netamente machadiano.

Otras dos composiciones continúan con el tono reflexivo. Bellísimo y muy conciso es el titulado "Epitafio": "Que el olvido me dé lo que me toca: / el reposo, el silencio y una rosa"; mientras que "Despedida" desarrolla la idea de que las vidas de las personas son (somos todos nosotros) como las obras inacabadas de un artista: "palabras amasadas en el tiempo", "el instante ejecutado, jamás la obra perfecta".

En fin, hay un último bloque de poemas que introduce la temática amorosa en este primer poemario. Varias de estas composiciones se construyen como un apóstrofe al tú de la mujer amada (estructura que será la habitual en casi todos los poemas amorosos de López de Ceráin) para evocar recuerdos del pasado, dirigirle preguntas, plantear la posibilidad de un reencuentro, etc. Así, por ejemplo, en "Ese cansancio tuyo" la apelación al tú amado es para lamentar la ausencia de esa persona que, aunque pertenece al territorio del pasado, ha dejado hondas huellas en el sentir del yo lírico:

Veloz pasa el tiempo,  
el tiempo que me aleja,  
pero tú ya has echado raíces  
en el erial de mi alma,  
eres mujer de fondo,  
pensativa y distante  
de piedra tú estás hecha,  
enmudecida y quieta.  
Pero arrojada a mí,  
yo soy el pozo  
que ha de albergar tus ondas.

Nótese que el recuerdo amoroso va unido (y esto será también algo usual en la obra de nuestro autor) a la constatación del



inexorable paso del tiempo. Y el poema concluye con estos dos versos: "Tan lejos, tan cerca, siempre presente / te nombro en la claridad de una tarde". Resta por decir que éste será también el tono habitual de los poemas amorosos de López de Ceráin: una melancólica y dolorida evocación, desde la pérdida, de un amor (o de unos amores) que han dejado en el alma una profunda huella.

Efectivamente, también en "Nothing more" se duele el yo lírico de lo que pudo ser y no fue ("No ser ya más en ti, amor en la penumbra, / la herida de un beso que jamás te diera"). Sensaciones de llanto, cansancio y sufrimiento se acumulan en "Una declaración", poema en el que cabe destacar la bella imagen "el palio amarillo de tu cansancio". En "Urgencias" de nuevo el paso del tiempo (comienza: "Es gris y todo fluye, *tempus fugit*, / sobre la ancha paz de tu sonrisa") se une al recuerdo amoroso, para dar paso a un muy logrado final:

Por la 47 Street, quién lo diría,  
como a tu encuentro voy por la Avenida,  
sin pájaros, ni un cielo que ponerme  
o un beso que llevarme a la mejilla.

"Por el que se pide un armisticio" es un poema amoroso trufado de referencias intertextuales (a Rodrigo Caro y su "Canción a las ruinas de Itálica" en el sintagma "mustio collado", a Antonio Machado en los versos "Voy soñando estaciones y eriales de mi alma, / caminos, tardes claras", y quizá también a Cernuda en el que sigue, "un crepúsculo, un río, un amor, un olvido"). Se mezcla en este texto la temática amorosa (según la imagen tradicional que considera al amor como guerra) con la práctica de la escritura poética ("juntando versos, cadáveres después de una batalla", hermosa metáfora), pero lo que prevalece sobre todo es

la sensación de “soledad infinita” que domina al hablante lírico, que acaba implorando al tú amado:

Dame un páramo, un cielo,  
dame la soledad —así la muerte—  
mientras te voy queriendo quedamente.  
Dame la paz, el don de la palabra  
y pon un fin a todas estas guerras.

En “Tarde lluviosa”, donde se evoca nuevamente un amor que es al mismo tiempo ilusión y ausencia, el yo lírico hace profesión de fe amorosa: “No quiero ver a nadie / porque me bastas tú”. Y en “Canción de olvido” sigue presente el tono de distancia, de adiós, de despedida, la conciencia de que “pasa el tiempo” unida a la evocación manriqueña (“los ríos que dan al mar”). Se aprecia en este poema cierto tono erótico (“desnudo tu cuerpo azul / y tus pezones de aire”) que no va a ser frecuente en la poesía de nuestro autor. Tras la expresión de una paradoja (“Corre el agua eternamente / detenida en su fluir”), la composición termina así:

Quedo solo, silencio  
escuchad tan sólo un eco  
un nombre levemente pronunciado  
irrecuperable adiós, así hoy te invoco.

La importancia del nombre amado reaparece en “El nombre vulnerado”, composición en la que se prolonga ese apóstrofe a un tú al que se quiso, pero ahora ya lejano (un tú que siente “cansancio de siglos”). Se evoca la alegría alborozada que producía el encuentro de los amantes (“hoy amarro mi barca a tu costado”, bello verso), pero al final lo que hoy queda es la soledad y

el “silencio aciago”. Otro hermoso verso, el bimembre “pronuncia tu nombre, anuda tu mano”, viene a subrayar esa importancia del nombre amado, que tantas veces es la quintaesencia de la pasión amorosa: “la dicha que redime de un pasado / en pura luz de gozo y un ahora / tus ojos delicados pasados por mi rostro” (final que el poeta retomará en un poema posterior de *Versos al aire*, “Tus ojos, la distancia”, que parece ser reescritura de este). Se reitera también la sugerente imagen, que ya antes aparecía, de la vida como “pinceladas de un lienzo inacabado, imperfecto”.

## 2. Olvidos y presencias (1999)

Se incluyen en la antología cinco pasajes de prosa poética de este libro, que introducen un tono de melancolía reflexiva. Son, efectivamente, cinco reflexiones melancólicas sobre el paso del tiempo y la pérdida del amor, la constatación de la finitud del vivir humano, a lo que hay que sumar la presencia de paisajes rurales (disfrutados en alegres paseos dominicales) o urbanos (Madrid). En estos fragmentos en prosa el ritmo poético se consigue por medio de recursos como las repeticiones estilísticas, el ritmo sintáctico, la adjetivación o la presencia de imágenes y metáforas.

“Vagamundos” es la placentera evocación de un paseo campestre a la hora del ocaso, mientras que “Otoño” transmite sensaciones de decadencia y melancolía, pues lo contemplado en esta estación lleva al poeta a considerar “lo efímero de la existencia”, “la hermosura de la muerte”, “la inexcusable muerte, la fugacidad de las horas”. “Soria” es un apóstrofe a la ciudad castellana “ajena de machados, de bécqueres, de diegos”, a la “Soria de juventud húmeda”. El Machado de *Campos de Castilla*, como no podía ser de otra manera, se hace presente en esta prosa con claras referencias intertextuales (“la sombra de Caín”, “de luz y

de riqueza”, “Campos de Soria”...), de la que se puede extraer algún bello endecasílabo como “un hábito de muerte prolongada”.

“Nostalgia” es un nuevo ejemplo de esta práctica que une el paseo y la reflexión, como indica el propio texto: en efecto, “paso que doy, meditación que viene”, se van sumando los recuerdos tanto madrileños (la Almudena) como navarros (la Valdorba, las Aézcoas, Salazar y Ochagavía). La prosa se desliza con un suave ritmo poético, del que puede ser buen ejemplo este pasaje: “Valdorba serenada, el aire de tus cerros, tus vides milenarias que cosechaba Roma, te siento apelmazada...”. Nótese también la presencia de algunos heptasílabos combinados con el recurso del paralelismo: “olores que no atisbo, colores que he olvidado en la grisalla agreste...”. En cuanto al tono, de nuevo el texto se tiñe de una profunda melancolía: “Dejadme [...] cerrar los ojos y derrumbar la vida, ruina de mi nostalgia, lección fatalmente aprendida”.

Pasajes con marcado ritmo poético los apreciamos también en “Blues de la lluvia”, donde, además de la repetición constante de las palabras *lluvia*, *llueve*, podemos destacar algunas construcciones sintácticas de ritmo endecasílabo: así, “el agua fenecida en tus querer”, “tu pecho alzado en esta espera cierta”, “amor entreverado de amapolas”, “ebrio de trementina y largos besos” son endecasílabos que perfectamente podrían entresacarse de este pasaje en prosa para la construcción de un poema. Nótese también esta combinación de frases de 7 + 11 sílabas: “porque la espera es larga y cortas son las horas del encuentro”. Por lo demás, esta prosa poética es la evocación de una “primavera de lamentos”, en la ciudad de Madrid, vertida en forma de apóstrofe a una “mujer inalcanzable, perdida”, de la que se dice: “en tus hospitalarias noches afanadas, eras la boina azul, como el mar que yo te traigo en mis manos, amor, esta noche de lluvia e infinita ausencia”.

### 3. Breviario de esperanza (2001)

De este libro, publicado originariamente con un prólogo de Beatriz Hernanz, son dieciocho los poemas seleccionados para esta antología, los cuales nos hablan de nuevo de amores y desamores, de recuerdos e ilusiones, de la muerte, junto con evocaciones familiares del padre y de la madre... Pero también hay lugar para nuevos registros poéticos. Así, "En busca de Dios" introduce el tema de la trascendencia: nos dice el yo lírico que es "eterno el nombre vulnerado" y que la presencia de la divinidad inunda "los jardines desiertos de mi alma". De nuevo con Machado como referencia última, el yo lírico se pregunta "cómo, Señor, buscarte entre la niebla siempre / sin invocar tu nombre", versos que remiten a los del poema machadiano "Era una tarde cenicienta y mustia":

... así voy yo, borracho melancólico,  
guitarrista lunático, poeta  
y pobre hombre en sueños,  
siempre buscando a Dios entre la niebla.

El hablante del poema tiene deseo de "eternidad inefable", de ahí que clame a Dios, "porque eres siempre, todavía y hoy"; y tras haber repetido anafóricamente en las cuatro estancias del poema "Ahí donde no estás", concluye: "Señor, Dios mío, estás ahí donde no estás".

Del Padre-Dios, pasamos al padre-progenitor. El poema "La casa del padre" es, en forma de apóstrofe a él dirigido, una evocación del padre visto con los ojos del niño que fue el poeta, quien recuerda "tu dolor reconcentrado, tu ternura arisca", para acabar con un claro eco de Manrique y sus célebres "Coplas a la muerte de su padre":

Padre y maestro mío,  
para ti, como los ríos que van a dar en la mar,  
vayan mis lágrimas vertidas  
en soledades, ayeres, en el alma, los caminos...

En el mismo grupo de evocaciones familiares debemos incluir el poema "Madre", también concebido como un apóstrofe a ella, con repetición de la anáfora "No estaba...". El poeta rememora su amor y su dulzura, su saber hacer virtud del dolor, y la designa con los calificativos de *roble* y *mujer fuerte* (esta última imagen bíblica, aplicada a la madre, ya estaba presente en el poema dedicado al padre); y concluye bellamente: "hoy son míos tus ojos". Desde el punto de vista estilístico destaca en el poema el quiasmo "diste vida y esfuerzo / y no correspondieron esfuerzo y vida". También pertenece al mismo grupo temático el poema titulado "Tío Boni", que evoca a este familiar como "una filosofía parda y mesetaria" y, de forma más humorísticamente, como un "Errol Flynn a la sorianá" (en alusión a sus varios matrimonios); pero, por encima del tono desenfadado, destaca la comunión de ambos personajes, el yo lírico y el tío, en el sentimiento de la soledad que les aúna.

En otro apartado podríamos englobar los tres poemas que son homenajes literarios a otros tantos escritores: a "J. M. Fonollosa", a "Neruda" y a "Ángel María Pascual" (en este último poema, la alusión a una "ciudad en primer orden" es evocación del título del poemario de Pascual *Capital de tercer orden*, dedicado a la parda y gris Pamplona de los años 40).

Dejando aparte alguna composición circunstancial (como la titulada "En el otoño", inspirada por la fuerza destructora de las riadas otoñales), el resto de poemas de *Breviario de esperanza* se centra en el análisis introspectivo del yo lírico, a partir de una dramática circunstancia de la vida del poeta que explicita el último de los poemas, "Deseo":

Me has entregado la vida,  
la que yo quise terminar  
lanzándome al vacío  
golpeando llanamente  
una acera fría,  
un término para mis dolores,  
una ciega depresión  
que atajó mi pensamiento  
agotando mi razón.

Y luego se añade la consecuencia de todo ello: “soy un pasado inhóspito / una decadencia completa / un mañana sin ayer”. En tal situación, el yo lírico no espera mucho del futuro: “tan solo espero vivir / lo que la muerte ha usurpado”. A partir de lo explícitamente dicho en este poema se puede entender mejor la dolorosa problemática existencial reflejada por el yo lírico y varias de las alusiones que encierran estas composiciones y algunas más pertenecientes a otros poemarios. Así, “Duermevela” (que repite anafóricamente el deseo “Quiero dormir” e introduce evocaciones de los cantantes Leonard Cohen y Jannis Joplin y del poeta maldito Dylan Thomas) alude al “aciago insomnio de esta noche”, a “mis piernas cansadas, / mi quebrado brazo”, a “mi demorada noche oscura” (San Juan de la Cruz se hace presente también); en medio de su “absoluto vacío”, en “este Madrid en que reposan cadáveres, / cuerpos fatigados de amor, hastiados de odio acaso”, al yo lírico sólo le queda “tu imagen presente”, la “sed de ti”.

“Pasillos” se construye con metáforas y expresiones tomadas del mundo taurino: el yo lírico, que fue antes “airoso matador” se ve ahora convertido en “peón de brega”, peón también de un peligroso juego de ajedrez cuyo final conduce sin remedio a la muerte; tras la evocación de varios recuerdos biográficos del

poeta (su trabajo como funcionario, su paso por el Ayuntamiento en la “ciudad de mis mayores”), al final lo vemos “camino de enfermería / en el ruedo de esta vida”.

“Reencuentro” evoca la reaparición, varios años después, de una mujer amada en el pasado. El poema se construye, una vez más, como un apóstrofe al tú de esa *mujer fuerte, Diana cazadora*, y está tejido con referencias machadianas, desde su comienzo: “Cómo recordar los días azules, / el sol de la infancia, tan machados” (eco de “Estos días azules y este sol de la infancia”, último verso encontrado en el bolsillo del poeta sevillano el día de su muerte en Collioure); y luego al aludir a “la curva de ballesta en torno a Soria”. Desde el punto de vista de los recursos retóricos, destaca la utilización de la anáfora (en este caso la expresión repetida es “Cómo...”), que es la figura de repetición más presente en la poesía de López de Ceráin.

“Divagación” constituye un nuevo apóstrofe a la mujer amada y se estructura como un paralelístico juego de contrarios (*oscuridad / claridad, tarde / mañana, sombra / luz*). De mayor intensidad poética es el poema titulado “Realidad (Una noche nuestros pasos se encontraron)”, del que cabe destacar la imagen de la vida como “sucesión de fechas en bandada” y la aceptación de la dura realidad que conoce el hablante (“Mis límites y yo”), siempre con la muerte agazapada a la espera:

Yo soy yo y la muerte aguarda,  
desagradables posturas,  
ahora que ya no sueño  
no lejos me anda rondando  
y no faltará a la cita.

Como sugiere el título, “Mr. Masoch” nos habla del dolor y el sufrimiento que puede llegar a causar el amor, sobre todo



cuando se trata de un amor perdido; destaca la estructura circular de esta composición, que repite al principio y al final —estructura circular— una doble idea: “Los días traen sus cosas / tú ya no estás conmigo”.

En “Olvido en la materia” —poema que parece ser recuerdo de una noche de placer, más que de amor— la intertextualidad va desde las canciones modernas (“*tender is the night*”, de Blur, aunque también podría aludir a la novela de Scott Fitzgerald o a la película de Henry King, las dos con el mismo título) hasta San Juan de la Cruz (la expresión “cántico espiritual o llama de amor viva” y el símil “como ciervos de alborada”). Se trata de un nuevo apóstrofe a un tú, a una “mujer vista y no vista”, frente a quien el yo lírico toma conciencia de su pequeñez: “la sombra de la sombra de tu perro, / ahí donde yo habito”; un yo lírico que siente la certeza de “las horas que inútilmente pasan”, para concluir que “esta noche, querida, se la lleva el olvido”.

“Ida y vuelta” es la evocación sentimental de un paseo que dieron los enamorados tomados de la mano en Sevilla; lo mejor, sin duda, es la fina captación sensorial de la ciudad andaluza con sus colores, olores y sonidos: “estaba alegre el aire y la calor completa”, se dice. Por último, “Recuerdos” nos habla del invierno en el que el yo lírico se encuentra hoy, instalado en “un ahora sin tiempo / lanzado para siempre”.

#### 4. El sufrimiento en la espera (2003)

Los doce poemas entresacados de este poemario prolongan el tono desesperanzado del libro anterior. Están apegados a la expresión dolorosa de una cruda realidad biográfica del poeta, de ahí que transmitan una profunda sensación de inmediatez. El yo lírico se sigue interrogando aquí por el pasado y por el futuro,

por lo que fue, por lo que pudo ser y por lo que ya nunca podrá ser. En cualquier caso, en alguna de las composiciones apunta cierto tono esperanzado.

Así, el yo lírico nos habla de “mi ayer por siempre”, de “una insólita nada” (poema “Inválidos”); de “preguntas sin respuesta, ayeres sin mañana” (en “Recuerdo”, donde se apunta que “sufriamiento antiguo / quiso llevarme / a dejar esta vida”); de “mi rostro / caído al vacío”, de “dejadez de vida / creación de muerte” (en el poema “Monólogo”; al despertar de su agonía, el yo lírico se siente “Todo yo menos mis piernas” y se dirige a Dios, porque “sólo queda el rezo”); nos habla también de un cuerpo lacerado, de días que pasan inhóspitos, de tristeza y aburrimiento, de una vida que se siente vacía y sin ilusiones desde “una maldita tarde primaveral / en la que mi vida se arruinó / y también mi pensamiento” (“Relato”); de “este hoy descompuesto” (“Encuentro”); de soledad y tristeza (en el poema “Hoy solitario”, que transmite una enseñanza: “No esperes el mañana, / vive el presente”); de “estos días aciagos” (“Saint Jean de Luz”); o de la necesidad de “Sembrar el pasado” (en el poema así titulado). También leemos afirmaciones como “Yo ya me he doblegado a la soledad” y “Así pasa mi vida triste y a destajo” (“Preguntas”) o “el futuro es incierto” (“Un recuerdo”).

El yo lírico constata una vez más la irremisible pérdida de la amada: “Hoy te recuerdo / pero un largo vacío / nos ha alejado”, si bien ese amor que pertenece al pasado ha quedado retenido en la imagen del recuerdo: “siempre me quedará París”, afirma el yo lírico, equiparándose así a Rick Blaine e Ilsa Lund, los protagonistas de *Casablanca* (“Un recuerdo”). Si varios de estos textos (“Encuentro”, “Saint Jean de Luz” y “Un recuerdo”) constituyen evocaciones de encuentros amorosos y de mujeres amadas que pertenecen ya al pasado y al melancólico territorio del recuerdo, el titulado “Zamora”, apóstrofe a la ciudad castellana, nos transmite

igualmente, desde otra perspectiva, la idea de un pasado que se sabe por completo irrecuperable.

En cualquier caso, en la selección se incluye también un poema, “La espera es esperanza”, que destaca por introducir, pese a todo el dolor vital y pese a esa absoluta sensación de pérdida, un tono positivo, en suma, por dejar abierto un débil resquicio a la esperanza:

Voy sembrando la alameda,  
mis lágrimas la riegan.  
Cuando aparezca el sol  
nacerán amaneceres nuevos  
que, quizá, transformen mi vida

## 5. Vuelve... pasa el tiempo (2003)

El título del nuevo poemario de López de Ceráin (que se publicó con prólogo de José María Domench García y del que se incluyen ocho poemas en este libro antológico) vuelve a situar el tema de la temporalidad, de la conciencia de la temporalidad, en el centro de todo. El poema titulado “La vida” comienza con la indicación de que “Pasa el tiempo amasando el olvido / hasta hacerse pan nuestro de cada día” y de que “nos morimos”. “Pero vuelve el tiempo”, en una especie de eterno retorno, y el poema se cierra con estas hermosas palabras: “El hombre espera la esperanza hecha belleza / que es Eterna, Verdad, presto a morir”. Y este mismo tono esperanzado que apuntaba en *El sufrimiento en la espera* reaparece aquí en “Esperanza”, donde el yo lírico llega a “Sentir que el sufrimiento pasa” y hay lugar para una “caricia cierta” y para “palabras verdaderas”.

La palabra *recuerdo*, tan importante como hemos podido constatar en poemarios anteriores, nos va a seguir apareciendo

con frecuencia, pues el poeta y su yo lírico viven volcados hacia el pasado. Así, en “Variaciones de Schubert (Quinteto la Trucha)”, nuevo apóstrofe a un tú amado y evocación de un encuentro que fue “seguro azar” (como el título del poemario de Pedro Salinas), acaba: “y hoy conjuro tu recuerdo en este trance / que describe tres noches, un mar inmenso y una vaga nostalgia”.

Por lo demás, los restantes poemas de esta recopilación responden a temas diversos: “Insomnio de Otero” es una reflexión del poeta sobre la escritura, para concluir afirmando que no sabe si lo escrito mejora lo hablado y lo vivido. Cabe destacar, como recursos estilísticos, el quiasmo (“que pierde lo que alcanza y lo que alcanza pierde”) y la anáfora (repetición de “Escribo por las noches”). “Réquiem a Tomás Caballero” es un cálido homenaje al concejal pamplonés vilmente asesinado por ETA el 6 de mayo de 1998 (por eso uno de los versos se refiere a una “odiosa primavera de la muerte”). Se evoca al político como “luchador de libertades”, defensor de la palabra y la libertad, frente a la violencia y la carroña. En realidad, toda la historia del hombre se concibe en esta larga composición, que tiene cierto tono alegórico, como una lucha entre la fuerza de la palabra y “la debacle de la palabra”, esto es, entre la razón y la sinrazón de la violencia. En fin, los recuerdos familiares reaparecen en “Dionisio posa ante los Arcos de San Juan” (se refiere a los restos del monasterio de San Juan de Duero, en Soria) y los viajes y evocaciones de paisajes en “Pampelune” y en “Joven patricio”.

## 6. Versos al aire (2005)

Son nueve poemas donde volveremos a encontrar los temas del amor (o del desamor, más bien), las evocaciones de amistad y los homenajes literarios. Así, en el poema “Divagación”, el yo lírico

afirma que “no hay amor en la espera, / sino sufrimiento, tristeza”; y manifiesta su deseo de algo que ya no puede ser: “Quién pudiera alzarse y recobrar la vida aquella, entera...”. “Deseo” es un apóstrofe y una invitación al tú de la mujer amada para volver a estar juntos y recuperar el tiempo perdido, de forma que el yo lírico pueda “Olvidar esas penas que me donó la vida”. Parecidos por su tono e intención son “En estas fechas” y “Aquí y ahora”, nuevas constataciones de la pérdida amorosa y de las heridas y dolores que deja la existencia; en el primero, de nuevo construido como apóstrofe a la amada, se insiste en la idea que dio título a un poemario anterior: “Vuelve... pasa el tiempo”, con el recuerdo presente y valioso del amor, pero se certifica también que nada queda de ese amor pasado; y en el segundo, además de evocar la mirada ausente de la mujer, se afirma: “pero vive el dolor en mí / si tú no estás”.

“Tus ojos, la distancia” recrea un poema anterior, “El nombre vulnerado” de *Trabajos de amor dispersos*, del que retoma con retoques algunos versos. De nuevo la amada se representa lejana y fría y el yo lírico se lamenta de la “inútil pretensión de poseerte”, afirmando en la parte final:

¿Quién eres? Me preguntas,  
fui nadie a la deriva,  
mi soledad, este silencio aciago que me habita  
pronuncia tu nombre, mientras anuda tu mano,  
besa tus labios, amor,  
que así se escribe el nombre herido tantas veces,  
la dicha que redime de un pasado  
en pura luz de gozo y un ahora,  
tus ojos delicados pasados por mi rostro.

Los demás poemas del libro son tributos de amistad (“Recuerdo”, a la memoria de Rafael Gamba, y “En recuerdo de

don Álvaro d'Ors") o bien homenajes literarios, a "Jorge Oteiza (En el primer aniversario de su muerte)" (lo evoca en su doble faceta de escultor y poeta) y a "Rulfo" (al que califica de "Rimbaud a lo jalisciense").

## 7. Verano perdido (2005)

Los diez poemas de este libro aquí antologados nos ofrecen un ramillete de temas variados: asuntos cotidianos, familiares, intrascendentes ("Borja y Diego", "Cinematógrafo", "Camarera"), junto con evocaciones de ciudades y paisajes ("Burgos", que trata de transmitir la plenitud de belleza e historia de tantos pueblos y ciudades de Castilla y León; "El Collao", que recuerda calles y negocios de Soria, al rememorar un camino hecho muchas veces en los años juveniles; y "Viajero", en el que el yo lírico, tras identificarse con Machado al confesar "He andado, también, muchos caminos" y afirmar que ha visto, igual que él, "caravanas de tristeza", invita a recorrer los viejos caminos de España y Portugal: "No olvides Iberia").

Aparece también la infancia como paraíso lejano y perdido en el poema titulado precisamente "Infancia", donde una vez más se percibe la huella machadiana. Así, el verso del comienzo, "Vivo recuerdo de un patio en Soria", me parece un eco, consciente o no —creo más bien que lo primero—, de "Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla / y un huerto claro donde madura el limonero...". Se rememora la casa familiar, con su mobiliario, donde el poeta pasó los veranos de la infancia, todas aquellas gratas experiencias de "un pasado que no vuelve". En cualquier caso, queda (una vez más) el recuerdo de todo lo vivido, y no sólo en la mente:

Mis recuerdos son certeros.  
Expresados humildemente  
no se los llevará la muerte

Versos estos que nos hablan del poder trascendente de la poesía, que logra fijar bellamente en forma de expresión literaria todas aquellas vivencias.

En cualquier caso, el tema que prevalece sobre todos es el dolor y la espera de la muerte. Ya en “Indiferencia” se nos habla de soledad, y se repite la frase “Esperar a la muerte / pero no saber fecha”. En “Romance del hospital” (que métricamente no es un romance) aparece la enfermedad y la idea de que “La muerte se va enraizando / entre estas tristes paredes”. En fin, en el titulado “El futuro”, que se presenta con un lema de Quevedo, se constata que “no somos nada ni nadie”. Quedan, sí, las lecturas, los viajes, el acto de la escritura, pero siempre con la cita ineludible tras la última vuelta del camino:

En ese futuro, la esencia del poeta es decidir,  
vivir en tropelía disfrutando  
a la espera de la muerte.

## 8. Surgimientos (2008)

Es un poemario dividido en tres secciones: de “Mujeres de ayer” se incluyen en esta antología seis poemas, uno de “Pulsaciones en mi vida” y cinco de “Time pass”, los cuales van precedidos por el significativo lema de Antonio Machado “Hoy es siempre todavía”. El libro se publicó en su momento con un prólogo de María Socorro Latasa Miranda, “Melancolía y pulsaciones de un poeta”, del que entresaco estas palabras que resumen muy bien su esencia poética:

Me da la impresión de que son las rutas del recuerdo, los estudios y los viajes realizados, las calles recorridas, los libros leídos, las canciones escuchadas, las amistades y encuentros, las sensaciones percibidas a través de todos y cada uno de los sentidos quienes sostienen el pulso de este nuevo poemario de Rafael López de Ceráin.

Y poco más adelante apuntaba Latasa los temas principales que vamos a encontrar: la melancolía, el tiempo, la muerte, la falta de plenitud que “es consecuencia del conflicto existencial entre la sed de infinitud y la finitud mortal”.

“Carmen” es el enésimo apóstrofe a un tú femenino donde se habla de “esta vida / que, poco a poco, se escapa”; una vez más el amor (o el desamor) se une al tema del paso del tiempo. La intertextualidad remite en esta ocasión (“una furtiva lágrima”) a la célebre romanza de la ópera *L'elisir d'amore*, de Donizetti, mientras que el título del poema siguiente, “Siboney”, coincide con el del famoso bolero del cubano Ernesto Lecuona. Estamos ante otra apelación directa —una más— a una mujer de “sonrisa mística y guerrera”, una nueva variación sobre el tema de lo que pudo haber sido y no fue: “Habernos conocido junto al mar / una noche estrellada de verano”. La misma estructura de apóstrofe al tú amado se repite en “Matahari” (que niega lo afirmado en otros poemarios: “Pasa el tiempo, no vuelve, se va lejos, muy lejos”), en “Así” (que expresa lacónicamente la idea de que “tu presencia lastimera / en la frontera queda”) y en “Una mujer cualquiera” (de nuevo aquí la constatación de que «pasa el tiempo»). Por su parte, “Pequeño amor” es una prosa poética cuyo comienzo remite a una célebre balada (“Esta tarde vi llover, vi gente correr”); el yo lírico se dirige en esta ocasión a una mujer amada, a la que contempla ahora paseando con sus hijos, lo que desata el recuerdo de las navidades en que se empezaron a querer.



“Me marcharé”, con lema de Lope de Vega, nos habla de “una vida contrariada, / repleta de soledad”, mientras que “Alcohol”, que se presenta con lema de René Char e incluye una nueva alusión lopiana en los versos “ni mañana fue mañana / y no mañanamos nunca” (“Siempre mañana, y nunca mañanamos” es lo que dice el verso de un soneto del Fénix), afirma que “Nada queda” del pasado pues nos hallamos una vez más ante unos “amores frustrados”. “Vida interior”, que incluye un lema y una alusión final a Paul Auster, alude a la escritura poética, mientras que “Venta manchega” es una evocación del personaje de don Quijote (cuya trayectoria vital fue “Morir cuerdo, vivir loco”) unida a un recuerdo personal de un viaje por La Mancha. En fin, en “De tan enteco vano (A. Machado)” se aprecian ecos de “El mañana efímero” y otros poemas machadianos similares, y nos presenta la imagen de una España dividida por culpa del odio de algunos “al idioma de todos”. Por último, el desamor y la escritura los hallamos unidos en “Penalidades”, donde leemos:

    Escribir versos ¿qué es?  
Una diatriba de espanto,  
verte para no volver a verte,  
quimera de los cien mundos.

## 9. Mitología y regresos (2009)

Al publicar este su último libro, el propio autor explicaba en unas palabras preliminares: “Hacía tiempo que no escribía poesía. Necesitaba tema nuevo que rompiera mi tradición anterior”. Y añadía que esa inspiración le había llegado, para la primera sección del libro, “Mitologías varias”, del rico mundo de la mitología y la antigüedad greco-romana (se recopilan aquí

ocho poemas), mientras que en la sección "Regresos y otras cosas" había incluido poemas (aquí son doce) que "retoman ideas y sentires que siempre me han acompañado". Es decir, que el poemario en su conjunto, en palabras de su autor, "presenta lo de siempre pero con alguna variación, como de hecho ocurre en el camino de la vida".

Los personajes clásicos evocados, ya mitológicos ya históricos, son Homero (en el poema así titulado, "Homero", donde se afirma: "Él inventa y habla, / con sus palabras / forja un destino"); Andrómaca (se rememoran los principales sucesos de su vida); "Electra" (retratada como prototipo de "venganza asesina", "la infinita venganza"); "Orfeo" (el esposo de Eurídice, que no la olvidó nunca y una vez muerta bajó a buscarla al Hades, es decir, fue capaz de un amor constante más allá de la muerte, como celebra el verso del conocido soneto quevediano que se intercala a modo de cita intertextual, con ligera variante para acomodarlo al nuevo contexto: "polvo serás más polvo enamorado"); Cleopatra, Marco Aurelio y Augusto (en el poema "Accio"); y Horacio (en el poema del mismo título, ponderación del tema clásico del *carpe diem*, con un verso, "de poca hacienda y memoria ninguna", que es referencia intertextual tomada del poema "La vida beata" de Jaime Gil de Biedma). En fin, la composición "Greco" es un apóstrofe a la Atenas clásica, creadora de la democracia, pero también a la Atenas actual, cercada por el fuego en los incendios del verano de 2009.

En cualquier caso, el poema más importante de este grupo es el titulado "Ítaca" (fechado 1989-2009, lo que hace suponer en una reelaboración moderna de un poema dos décadas anterior), el cual retoma la historia de la fiel Penélope y su marido Ulises, y el mítico regreso de éste a Ítaca, personajes y tema que ya se adelantaban en el poema "Homero". Si allí se nos ofrecía la lección de que "Lo que importa es la obra, / no los meandros que preceden

a su construcción”, aquí el mito griego se entreteje con recuerdos machadianos (“esa nave que un día ha de partir”, “esté al partir la nave que nunca ha de volver”) y en este caso la enseñanza es: “Pero no olvides que Ítaca eres tú”. La meta, el destino anhelado, parece querer decirnos el poeta, está en nosotros mismos, en nuestro propio viaje personal a nuestro conocimiento interior.

Los poemas de “Regresos” los podemos agrupar en varios apartados. Por ejemplo, encontramos tres nuevas evocaciones del padre muerto: “Padre”, apóstrofe a su figura, en el que se le recuerda emotivamente igual que en composiciones de poemarios anteriores como padre y maestro; “El Espino”, en el que el nombre del cementerio de la ciudad de Soria es la clave para la correcta interpretación del texto, como sucede en el poema de Antonio Machado a “A José María Palacio”, donde el poeta pedía a su amigo: “en una tarde azul, sube al Espino, / al alto Espino donde está su tierra...” (en alusión a la tumba de su esposa Leonor). Aquí el poeta recuerda a su padre, recientemente fallecido (“Tu rostro tranquilo, sereno, / con la labor cumplida”) y el dolor de su ausencia (“Sintiendo tu vacío a cada paso, / abriendo, a veces, los libros que tú abriste”, bella y emotiva forma de expresar el recuerdo, la continuidad de su presencia, por medio de un gesto cotidiano). En fin, al mismo tema está dedicado “El Alto de la Dehesa”, presidido por el paralelismo y el tono desiderativo (“Vuelvas...”).

Otros tres poemas son homenajes literarios: “Rilke” (breve repaso de su vida y obra), “Miguel Hernández” (que acaba con este resumen de lo que fueron sus últimos años: “Frío, miseria, enfermedad y muerte”) y “Bergamín” (retrato suyo y nómina de la Generación del 27).

Dos composiciones adoptan la forma métrica del soneto y son, como el propio autor confesaba en sus palabras preliminares, “mejorables en fin”. Ciertamente, López de Ceráin se maneja

mejor en el ritmo de los versos sueltos, todo lo más con leves asonancias, que en la cerrada estructura del soneto. El primero, "El Irati", dedicado a su amigo y editor José María Domench, trae junto con la evocación paisajística navarra un eco del comienzo del "Romance del Duero" de Gerardo Diego ("nadie a acompañarte baja", referido aquí a otro río). El otro soneto, tampoco demasiado logrado desde el punto de vista métrico, es "Faena", que describe los lances de una tarde de toros.

"Amistad", con lema de Jaime Gil de Biedma y estructura circular, introduce un tema menor, cotidiano: evoca las cenas (la "mesa mensual") con los amigos de siempre, "los de entonces". En otro orden de cosas, el apóstrofe a la mujer y los recuerdos amorosos del tiempo pasado convertidos en "recuperado presente" los tenemos en "Recuerdo". Un tono más reflexivo encontramos en "Juventud", donde afirma refiriéndose a ella: "te busco y ya te pierdo", para añadir luego:

Todo es ayer, sonrisa,  
deseos deseantes  
de verte sin excusa  
mañana como antes.

En fin, cierra el libro y toda la antología —y no parece que este hecho obedezca a una mera causalidad— el poema titulado "Muerte" que, tras el lema del poeta latino Catulo, desarrolla el tema clásico del *somnium imago mortis* (el sueño, imagen de la muerte), bello —y unamuniano— final para esta antología de la obra poética de Rafael López de Ceráin, que merece la pena copiar entero:

No vivimos, en realidad.  
Llevamos mucho tiempo

soñando la muerte, tanto  
que quizá no exista.

Dormimos eternamente.  
Nosotros no existimos,  
ni la piedra que pisamos.  
El sueño sueña la muerte.

*Carlos Mata Induráin*  
*Grupo de Investigación Siglo de Oro (GRISO)*  
*Universidad de Navarra*